

**Misa del Encuentro  
Iglesia de Santa Inés (St. Agnes Church)  
Springfield, Illinois  
9 de octubre de 2022  
XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C**

**† Reverendísimo Thomas John Paprocki  
Obispo de Springfield en Illinois**

Mis queridos hermanos sacerdotes y diáconos, amados religiosos consagrados, y mis hermanos y hermanas laicos en Cristo, es bueno estar aquí en la Iglesia de Santa Inés mientras nos unimos para celebrar la Santa Misa de nuestro Encuentro diocesano anual.

“Gracias por haber llamado,” dicen algunas personas antes de colgar el telefono y agradan tanto con ese detalle. Es que procuran tener siempre a flor de labios una palabra de agradecimiento. “Gracias,” dicen, mirando sonrientes, cuando se les cede el paso, o cuando reciben lo que están esperando en una fila. “Muy amable,” añaden al despedirse, y van derramando agradecimiento a su derredor. ¡Que satisfacción tan grande se experimenta tratando con personas agradecidas! En la propia vida familiar, qué precioso es ver a todos en buen entendimiento, agradeciéndose atenciones que por otra parte son normales en la relación interpersonal. Al traer el vaso de agua, “gracias”; al servir el café, “gracias”; al recibir un beso

u otro signo de cariño, “gracias”; y pagar con igual atención. Es que hay virtudes naturales esenciales en el ser humano de cualquier edad y de cualquier cultura. Una de ellas es el agradecimiento, la gratitud.

Se hace sensible el agradecimiento a Dios cuando experimentamos su bondad en algún acontecimiento. Valga el caso de la salud recuperada después de una enfermedad. La Biblia abunda en estos casos de salud restaurada. En las lecturas bíblicas de la misa de hoy vemos la lepra como enfermedad penosa, por tanto, la salud recobrada por el poder de Dios, como un don extraordinario. El agradecimiento de los beneficiados se admira como virtud ejemplar.

Veamos el caso del sirio Naamán. Sabemos que él primero se sintió defraudado porque el profeta Eliseo le dio una fórmula muy simple: que se bañara siete veces en el río Jordán. A Naamán eso le pareció muy sencillo, y por tanto, que no iba a resultar. Pensó que había otros ríos mejores, que su lepra nada tenía que ver con su baño en el río, que era demasiado fácil el tratamiento, etcétera. Bien aconsejado por sus criados, Naamán se bañó siete veces, y dice el Libro Segundo de los Reyes que “su carne quedó limpia de la lepra, como la de un niño.” Esto era lo que deseaba ardientemente Naamán, y le fue concedido por Dios mediante las instrucciones del profeta

Eliseo. ¡Felicitaciones, Naaman! Ahora lo interesante es ver su actitud de agradecimiento.

Tanto el profeta Eliseo, como el leproso Naamán, acuerdan que la acción de gracias es sólo para Dios. Eliseo rechaza un obsequio de parte de Naamán. Se depuró el agradecimiento del sanado. Sólo Dios merece reconocimiento, alabanza y acción de gracias. Los ministros de Dios somos sus simples instrumentos, pero la acción principal es de Dios que nos usa como seres inteligentes.

Otro caso de curación de lepra es el de aquellos diez que curó el mismo Cristo. Sólo uno de ellos vino a mostrar su agradecimiento, y entonces, el mismo Hijo de Dios, exige: “Los otros nueve, “dónde están?” Jesús les había puesto una condición, que era “presentarse a los sacerdotes.” El quiere curarlos con su poder, pero haciendo que intervengan los hombres en favor de los hombres. Así mismo cura ahora la lepra del alma, el pecado, mediante el ministerio de los sacerdotes, pero la acción principal es siempre de Cristo, el Hijo de Dios, a quien debemos agradecer la salud del alma y del cuerpo. Curados, restaurados, sanados, tenemos que estar agradecidos a Dios, dador de todo bien.

Con estos dos ejemplos tomados de la Biblia, hemos visto la necesidad del agradecimiento para con Dios. Tenemos que preguntarnos ahora, en un examen de conciencia: y nosotros, ¿somos personas gratas por el agradecimiento, o ingratas y desagradables por nuestra indiferencia para con quien nos ha hecho algún bien, y sobre todo, para con Dios, dador de todo bien?

Hay algunos días al año inventados para obligarnos a agradecer. Tal vez los inventó un comerciante. O quizá alguien que tenía un corazón grande. Festejamos el día de la madre, el día del padre. En los Estados Unidos tenemos el día de Acción de Gracias en Noviembre. Si somos buenos hijos y si tenemos fe, no hemos de esperar a estos días para expresar nuestro reconocimiento a quienes nos han dado la vida y a Dios. No es muy difícil y podemos traer un poco de luz y consuelo a los viejos que se quedaron solos en casa. Una visita en el fin de semana, una llamada telefónica, una carta, quizá algunos pesos para ayudar en los gastos: y sembraremos dentro de nosotros mismos un tesoro de paz interior. Una oración recitada en privado o en familia, cuando vamos por la noche a descansar, aumentará nuestra esperanza en Dios que esta con nosotros.

Hoy, en esta misa, estamos reunidos como hermanos para dar gracias a Dios. Gracias por el trabajo, por la salud, por los amigos. Gracias por el sacrificio de Jesús y el don de la fe. Gracias por alimentarnos del pan de vida eterna. Gracias por hacernos miembros de su familia y darnos muchos hermanos en la fe. Gracias por sembrar en el fondo de nuestra soledad humana una semilla de esperanza eterna. El decir “gracias, Señor” nos recuerda que Dios es nuestro Padre y que se interesa por todos los pasos que damos. El decir “gracias” aviva nuestra fe y nos acerca a Dios. Y al salir a la calle, abriremos los ojos y notaremos que hay muchos que hacen algo por nosotros, y a quienes debemos decir “gracias.”

Que Dios nos dé esta gracia. Amén.